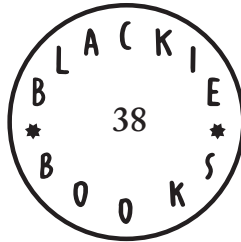


JUAN PABLO MENESES

Niños futbolistas



Índice

1. El prólogo	7
2. Los niños	11
3. El avión	17
4. El contacto	21
5. El padre	25
6. El hijo	31
7. El agente	33
8. Las llamadas	37
9. El capo	39
10. La Federación	45
11. El entrenamiento	49
12. El representante	55
13. La televisión	61
14. La realidad	69
15. El puerto	73
16. El mediocampo	77
17. El cumpleaños	81
18. El tráfico	85
19. El Comandante	91
20. La presidenta	95
21. La pasión	99
22. El cabaret	107

23. La entrevista	III
24. El promotor	II7
25. Los brasileños	I25
26. El abogado	I3I
27. El formador	I4I
28. El otro	I45
29. El italiano	I55
30. La obsesión	I6I
31. La familia	I65
32. El tesoro	I69
33. El defectuoso	I75
34. La cadena	I79
35. El protagonista	I83

I

El prólogo

Hace pocas semanas cumplió once años y cree que el fútbol puede sacarlo de la pobreza. Lo dice muy seguro. Piensa que una carrera de futbolista, con triunfos y goles y aviones y giras y copas y contratos y hoteles y autógrafos y publicidades, va a alejarlo de aquí, de esta cancha de tierra en una ciudad de América Latina, de este barrio donde es peligroso andar solo de noche y la droga corre más rápido que las ratas. Cree que si juega bien y trabaja duro podrá recorrer el mundo, por eso entrena mucho más de lo que estudia. Y sueña con llegar a fichar por algún equipo de Europa. Se imagina en lo más alto, vistiendo la camiseta del Barcelona o el Real Madrid o el Inter o la Juventus. No descarta Inglaterra, tampoco la Bundesliga. Sabe que quiere triunfar, aunque dice que no quiere volverse loco con el éxito deportivo.

Tiene un arete de diamantes falsos en la oreja derecha, una cicatriz cerca de la boca, el pelo cortito arriba y casi rapado a los lados, las rodillas magulladas, menos de un metro treinta de estatura y el mejor futuro de todo el barrio.

En la cancha de tierra ya empieza un nuevo partido y él, que acaba de jugar y perder, todavía no sabe que va a ser el protagonista en la sombra de este libro.

Esta es la historia de un viaje, de una búsqueda, pero no una búsqueda filosófica o espiritual. En dos años he visitado muchos campos de fútbol en busca de una persona, el mismo botín que ahora persiguen cazadores de todo tipo: un niño prometededor que luego pueda vender a algún equipo de fútbol europeo.

Más de una vez, durante estos dos años de pesquisas, me recomendaron que mejor no siguiera, que no me metiera en líos. Otras veces la gente, con absoluta tranquilidad, me hablaba de precios, de las mejores rutas para la compraventa, de las condiciones ideales que debía tener un pequeño goleador para triunfar y así darle dinero a toda la cadena.

Di con niños que pasan días enteros jugando al fútbol en barrios bravos donde sus hermanos mayores se juegan la vida o ya la perdieron, me tropecé con un golpe de Estado, me enteré de una masacre con ráfagas de metralleta en un partido de fútbol infantil, supe de un padre que no le habló a su hijo una semana por fallar un penal. Pero también estuve en discotecas lujosas, donde los que han triunfado en Europa son los reyes de la noche, y muchas chicas guapas, modelos de televisión o aspirantes a la fama, los persiguen con la misma tenacidad con la que alguna vez los persiguieron los cazatalentos. Porque en todo este tiempo, cientos de jóvenes han cruzado el charco con un buen contrato bajo el brazo. Cientos de nuevos millonarios que luego regresan a sus barrios pobres en automóviles de superlujo, con regalos para la familia, los amigos y los vecinos.

También di con otras historias. Como la del barrio Pablo Escobar, en Medellín, Colombia, una zona pobre de la ciudad llamada familiarmente así en honor al narco que puso el agua y la luz eléctrica, que construyó casas y canchas de fútbol para todos, y donde madres y abuelas rezan a la memoria de Escobar para que los niños triunfen pateando el balón. O la historia del Club Social Atlético y Deportivo Ernesto Che Guevara, un pe-

queño equipo de fútbol de la provincia de Córdoba, Argentina, cuya consigna, más bien antieconómica y revolucionaria, es que los pequeños futbolistas se transformen en «hombres nuevos» y no en objeto de jugosos contratos. O la historia del padre y el hijo del puerto del Callao, en Perú, que sin proponérselo intoxicaron con pollo asado a un niño argentino llamado Lionel Messi. O la del representante de Diego Armando Maradona, y su relación con el chico nacido en una villa miseria argentina. O la historia del agente de la FIFA que me advirtió, como muchos con los que me fui cruzando por el camino, que tuviera cuidado de encariñarme con estos críos. Pibes, chinos, chamos, chavos, dependiendo del país en el que me encontrara.

Para escribir *Niños futbolistas*, mi plan consistía en comprar con dinero en efectivo al protagonista del libro. Un experimento narrativo que me gusta llamar «periodismo cash», pues no es la primera vez que los billetes le dan estructura a mi relato, cuya fórmula es así de sencilla; comprar y luego contarlo, consumo + escritura. Todo con el objetivo de conocer, desde dentro y de cerca, esas partes de la industria y el negocio que, por motivos que iremos revelando en estas páginas, solemos desconocer o no suelen importarnos.

Niños futbolistas es, pues, el viaje en busca de un buen jugador para luego ofrecer el «producto» en Europa, principalmente España.

Para que fuese un experimento verdadero de periodismo cash, la idea era que se tratase, también, de una operación rentable, como ocurrió cuando compré a La Negra para escribir *La vida de una vaca*.

La Negra tenía una semana cuando cerré la transacción, y gracias a ella, durante tres años pude escribir sobre la cadena por la que pasa un ternero hasta que llega al plato. Claro que, por el camino, la claridad del planteamiento fue dando lugar a la incertidumbre.

La compraventa de un niño futbolista es más hermética y oscura que la de un ternero.

Al igual que en el contrabando de especies animales protegidas en América Latina, la principal puerta de entrada para los niños futbolistas a Europa es España. En Brasil, de donde procede la mayor parte de estos menores, se capturan más de treinta y ocho millones de animales al año, aunque el noventa por ciento muere durante la caza o el transporte. El margen de ganancia en el negocio de los animales exóticos, como en el de los pequeños futbolistas, sin embargo, es altísimo. Un guacamayo rosado que cuesta quince dólares en las selvas brasileñas puede llegar a valer dos mil dólares en Italia. El precio por el que se puede comprar un niño futbolista a veces no supera los doscientos dólares, pero el precio de venta final, en pocos años, puede estar por encima del millón.

Durante este tiempo he consultado a representantes, abogados y agentes. He estado con periodistas que ejercen de cazatalentos, dueños de escuelas de fútbol que me mostraban con orgullo sus semilleros de ídolos, entrenadores que me han dado claves para elegir un buen proyecto, managers de estrellas mundiales, padres deseosos de que sus hijos fueran vendidos a España, funcionarios de varias federaciones de fútbol, especialistas en el reglamento de la FIFA, entrenadores de primera división y de divisiones inferiores, posibles compradores en Europa y clubes donde foguear mi compra en América Latina. Estas son sus historias.

5

El padre

La calle donde vive la familia Méndez Khan está en una zona tranquila del distrito limeño de Puerto Libre, un barrio residencial con mucho ladrillo a la vista, casas pareadas y rejas. Tras el portón de una de las viviendas se ven máquinas de ejercicios, pesas, tipos musculosos que levantan medallones de veinticinco kilos y afiches de suplementos para fisicoculturistas. Un joven aprieta una mancuerna y observa el movimiento de sus bíceps en un espejo, mientras suena Shakira como música de fondo. El dueño del gimnasio se llama William Méndez, tiene cuarenta y siete años y aspecto juvenil, va peinado a la moda y viste ropa deportiva. Su casa queda justo encima de la sala de ejercicios.

De niño, William quería ser futbolista. Un día, cuando tenía once años, se presentó a las cinco de la mañana para probarse en el Club Alianza Lima. Había esperado cuatro horas y ya casi le tocaba. Estaba nervioso, pero correría rápido, metería fuerte, dominaría el balón con astucia y —ojalá, ojalá por todo lo que soñaba— haría un gol, un golazo que aplaudirían los mismos profesores deportivos que calificaban la prueba. Sin embargo, cuando ya era su turno, llegó un dirigente del club con su hijo y le quitó la tanda. William ni siquiera pudo hacer la prueba. Pero la escena se le quedó grabada, con detalles, y la recuerda casi exacta aún hoy.

Cuando nació Kevin, su primer hijo, William entendió que la vida le ofrecía una oportunidad de revancha: a él le había faltado un padre que lo acompañara en su sueño, pero a su hijo eso nunca iba a faltarle. Desde que el niño aprendió a caminar, el padre empezó a regalarle pelotas de fútbol, zapatos, camisetetas.

Kevin iba a ser lo que William no había podido ser.

La oficina de William queda en el último piso de la casa. Es oscura, el suelo rechina cuando uno lo pisa y está repleto de cajas de cartón con vitaminas para deportistas. Pastillas que ayudan a aguantar más tiempo en las máquinas, que inhiben el apetito y aceleran el desarrollo de la musculatura. Entre las cajas, que William vende a diferentes gimnasios, hay una mesa y un computador blanco.

—Kevin era empeñoso, tenía cualidades. A los siete u ocho años ya mostraba muy buena técnica para jugar. Yo lo había metido en el Cantolao, pero también lo hacía entrenar aparte. Mi idea era que llegara a ser un gran jugador.

En febrero de 1996, como todos los años, se jugaba la Copa de la Amistad en Cantolao. Esa vez, entre los equipos participantes del torneo infantil venía uno de Argentina, el Newell's Old Boys, de la ciudad de Rosario. William había oído decir que los equipos argentinos hacían muy buen trabajo en las divisiones menores, y quería empaparse de aquella experiencia.

Como ocurre muchas veces en los campeonatos infantiles en América Latina, el dinero no alcanzaba para hoteles, así que las familias de los jugadores locales se ofrecían para alojar a los niños visitantes. William se acercó a los organizadores y les dijo que él podía hospedar a dos, con la condición de que uno de ellos fuese el mejor de su equipo. Y el chiquito que se alojó en su casa, el mejor, era uno que se llamaba Lio.

—Lionel casi no hablaba, por no decir que no hablaba nada. Yo le pregunté qué tal su preparación, cuánto entrenaban y esas cosas. Me contestó el otro, el que venía con Lionel, un flaco largo llamado Gonzalo: «Nosotros somos argentinos. A todas partes que vamos, jugamos, campeamos y nos vamos». Así: «Jugamos, campeamos y nos vamos».

—¿Y campearon?

—Sí. Es que Messi era un monstruo. No había forma de pararlo.

Mientras converso con William aparece su hijo, Kevin Méndez. Viene vestido de deportista, peinado con gel, y saluda con la mano suave y la voz fina. Apenas alcanza a decir unas palabras cuando el padre interviene:

—Cuéntale lo del pollo, Kevin.

Kevin toma aire y, muy consciente de que su padre está ahí, cerca, escuchándolo, mirándolo y controlándolo, dice:

—Ah, un día antes de la semifinal del campeonato, nosotros llevamos a Lio a comer pollo, no recuerdo bien la polle-ría, pero por acá. Y a él le hizo mal la comida, parece que por los condimentos, no estaba acostumbrado. Entonces en la noche empezó a vomitar. Y al día siguiente lo llevamos igual a la cancha, que teníamos que jugar contra ellos, y el entrenador le dice: «Bueno, te llevaremos al hospital porque no puedes jugar así. Te estás desmayando». Entonces él dice: «Denme un Gatorade y yo me paro y juego».

—¡No, no! ¡Fui yo, yo se lo dije! ¡Yo le dije «denle un Gatorade»!

—Eso, mi papá se lo dijo.

—Yo le dije que tomara eso por las sales. Y al final jugó, y fue la estrella del partido.

Messi se había intoxicado con un pollo frito, la verdadera comida peruana, por encima del ceviche y la fusión. Pollo frito y bien frito y muy frito, en un país donde el consumo anual

de pollo por persona es de treinta y cinco kilos y la industria avícola mueve mil millones de dólares al año. Algo similar a la cifra en la que está valorado el FC Barcelona.

Pese al dolor estomacal del pollo asado con su piel y su grasa, Messi saltó a la cancha con ganas. El partido de semifinales de la Copa de la Amistad finalizó con el triunfo del Newell's sobre el Cantolao por diez goles a cero. Messi anotó nueve de los diez. Terminado el encuentro, el rosarino, que por primera vez jugaba un campeonato fuera de Argentina, intercambió camiseta con Kevin. El hijo de William desaparece unos minutos de la oficina y regresa con su trofeo: una camiseta roja y negra, talla infantil, con el 10 en la espalda.

Actualmente Kevin Méndez tiene veinticuatro años, más o menos como Messi, pero no se le parece. Tiene el pelo negro y la tez mate, y es más grueso que el jugador del Barcelona. Kevin estudia gastronomía, la carrera de moda en un país cuya cocina se ha transformado en bandera nacional. Juega en la liga amateur de Miraflores, un barrio acomodado de Lima, y no descarta volver a intentarlo en el fútbol profesional.

Pasaron ocho años hasta que lo volvieron a ver.

Es 2004 y William y Kevin están sentados frente al televisor, viendo un partido del Barcelona. En algún momento, el guardalínea levanta la banderola para indicar el cambio. El árbitro del partido da las instrucciones para que se ejecute el enroque, se retira un jugador del Barcelona y entra para reemplazarlo un chico joven, un canterano nacido en Argentina que lleva el número 30 en la espalda y se apellida Messi.

—Cuando estuvo aquí, ¿notaste que podía llegar tan arriba? —le pregunto a Kevin.

—Se notaba en su actitud, todo el día paraba con su pelota, pues. Todo el día.

Interrumpe William, el papá:

—No, él no quería llegar a ninguna parte. Él jugaba fútbol, no sé si pensaba llegar a ser lo que es, él jugaba fútbol. No creo que lo demás le importara mucho... O sea que el tema económico, el tema de llegar, no creo que lo pensara así. El tipo ya era excepcional con el Newell's, él vino a esa edad, y jugaba igual que como tú lo ves jugar ahora, no hay ninguna diferencia. Ni una. Ahí viene la pregunta que yo me hago: ¿dónde están los trabajos de base de Argentina, si no había otro como él?

William enciende el computador para que veamos un video. De verdad sorprende ese niño, Messi a los nueve años, driblando a medio equipo contrario para hacer sus goles. Tal vez, en secreto, Kevin sienta que lo suyo fue mala suerte. Cada gol de Messi, cada grito de su padre, vuelven a recordarle lo que su padre siempre le dice: que él también podría haber llegado.

Le cuento a William que estoy buscando un jugador. Le pregunto si Kevin no llegó por su propia actitud o por la actitud de él, del padre.

—Mira, no sé. Yo sí presionaba a mi hijo para que jugara, y creo que fue un error. Creo que se ha perdido lo que Lionel sigue teniendo. Lionel era feliz jugando pelota y sigue siendo feliz jugando pelota. Hay muchos que llegan y ya se olvidan de jugar. Mira, tú podrás decir muchas cosas de Maradona, pero a mí me parece que al tipo le gustaba jugar fútbol con o sin plata.